



Revista Pelicano

Vol. 4. *Nuevas narraciones*

ISSN 2469-0775

pelicano.ucc.edu.ar

Agosto 2018 – Córdoba

Luis Ignacio García

luisgarcia78@yahoo.com.ar

Universidad Nacional de Córdoba –
CONICET.

DOI: 10.22529/p.2018.4.13

La vida como escritura. Acerca de *La vida como alegoría. Consideraciones antijetivas de la escritura autobiográfica*, de Silvia Susana Anderlini¹

Life as writing. About *La vida como alegoría. Consideraciones anti-subjetivas de la escritura autobiográfica*, of Silvia Susana Anderlini

¿Podremos imaginar algo más difícil que *la vida como alegoría*? No nos referimos al libro de Anderlini, que se deja leer con amable fluidez, sino al delicado asunto que el libro pone sobre la mesa. Ya la vida es complicada, ¡cuánto más difícil intentar vivirla alegóricamente!

Si la literatura, en su sentido moderno, desde la locura del Quijote, nace como testimonio de la fractura entre experiencia y sentido, entre vida y escritura, la alegoría, como hiper o archi-modernidad alojada en el origen barroco de lo moderno, muestra que el propio acceso a la escritura está vedado, muestra la fractura interna del

¹ Reseña del libro *La vida como alegoría. Consideraciones antijetivas de la escritura autobiográfica* de Silvia Susana Anderlini, editado por Alción, y presentado por Mateo Paganini y Luis Ignacio García en la sala Luis Revol de la Biblioteca Córdoba, el 13 de diciembre de 2017.

significado consigo mismo. La vida como alegoría es la vida que asume la crisis de sentido desencadenada por el torbellino destructivo y nihilizante de la modernización capitalista. La vida como alegoría se sabe fragmento de una totalidad ya irrecuperable, aquella del mundo clásico, en la que el lazo entre vida y sentido no estaba siquiera cuestionado, mucho menos la consistencia aglutinante del *sym-bolon*, de la vida como acontecer simbólico atado a un destino sagrado o cósmico. Por supuesto, la modernidad generó desde un comienzo dispositivos de contención de su constitutiva pulsión de muerte. A eso le llamamos ideología, esto es, ese conjunto de narrativas que intentan ocultar la ruptura, el desalojo, al intento de restituir como ficción aquello que la realidad ya hace rato que no da: sentido totalizante a la vida. La alegoría testimonia una crisis y denuncia las pretensiones ideológicas de toda forma que aspire a una validez simbólica. La alegoría, emblematizada en la calavera, es antes que nada esta mirada fija en el costado ruinoso de la vida moderna. La calavera, como alegoría de la propia alegoría (si es que hay algo “propio” de la alegoría), es la vida moderna como vida póstuma, como *vanitas*, como vida que se sabe ya espectral.

¿Es entonces *la vida como alegoría* pura negatividad, la forma final del nihilismo moderno? Sí, seguramente: sólo ella mira fijo a lo moderno como *des-astre*, como pérdida de nuestra relación con los astros y su quietud. Pero, y en este pero se juega lo más decisivo de todo el planteo del libro, la vida alegórica, la vida que se descompone en imágenes que no arman una historia, la vida que cae entre abismos del sentido que se saben insondables, esa vida despojada de todo, es la única promesa no ideológica de salvación respecto a la propia entropía de la secularización.

¿Cómo es esto? ¿Cómo podría ser que la figura de la más radical desfiguración, que la figura del desierto de lo real, o más, de la desertificación de lo real, esa, la seca y dura calavera, tenga que ver con algo más que el testimonio de la catástrofe? ¿Cómo podría ser que la alegoría no resguardase sólo una pura negatividad, sino que en ella, como criptograma de la nada, se anunciase una positividad de nuevo tipo, ajena a la dualidad entre todo y nada? No parece simple ensayar una respuesta a esta pregunta, y sin embargo se juega allí la promesa emancipatoria de toda literatura moderna, esto es, de toda literatura que asuma la imposibilidad misma de escribir como punto de partida de la escritura. La alegoría es, a la vez que testimonio de una crisis radical del sentido, la apuesta por un *decir otro*, un *allos agoreno*, en el que se promete la restitución de una experiencia más originaria del sentido.

¿Es esto puro romanticismo? Sí y no, dependiendo cómo entendamos ese vapuleado capítulo de la historia cultural de occidente. Ciertamente romanticismo, aquél en el que abrevan las fuentes de este libro, y que se proyectó en el siglo XX a través de ciertas vanguardias como el surrealismo, o ciertos aspectos del surrealismo, asume no sólo la ruptura entre vida y escritura, sino también la diseminación del sentido de la propia escritura en cuanto tal. Y sin embargo, en esas tradiciones alegóricas encontramos no sólo el testimonio de una crisis del sentido, sino también el deseo de una experiencia postcapitalista del mundo que, sin restituir las formas orgánicas del mundo premoderno, sin embargo sepan leer en las ruinas del presente las señales de un mundo emancipado por venir.

La vida alegórica es la vida más difícil. Pero es también la única chance de pensar la emancipación sin retornos autocomplacientes al mundo del sentido. Porque en ella la dominación misma se da como sentido, el sentido es el secreto de la dominación, de manera que su pérdida, la del sentido, no es un escollo sino la condición misma de la emancipación. Y aquí llegamos al centro del torbellino: ¿qué comunicamos cuando ya no hay sentido que comunicar? ¿Qué escritura resta tras la crisis de la escritura de la vida, de la *bio-grafía*? Justamente aquí comienza la alegoría a construir su mundo neutro de una utopía sin territorio, escrito con agua en los espacios blancos de Mallarmé: cuando no hay sentido, comunicamos sólo la comunicación misma, es decir, hacemos experiencia de la lengua en cuanto tal, antes de toda función comunicativa, antes de toda reducción funcional de nuestra vida lingüística. La vida alegórica es ciertamente la vida cadente del nihilismo contemporáneo, pero vista desde la perspectiva de la redención, es decir, es irreductible al nihilismo, porque en ella se abre la experiencia de la ausencia de sentido como puesta en crisis de la instrumentalización de nuestra propia esencia lingüística. La alegoría dice, gozosa: *el lenguaje no sirve para nada*. La potencia de la alegoría, ya no como mera crítica ideológica sino como experiencia redentora, radica precisamente en haber roto el hechizo de la utilidad y en permitir abrirnos a la beatitud del *ausentido*.

El libro de Anderlini asume este arco mesiánico que va de la muerte hacia la promesa de redención, de la calavera al ángel, se planta en el centro del torbellino destructivo de la modernidad y nombra con precisión ese centro: dice *yo*, dice qué pasa con ese yo desde el que se intenta organizar la experiencia en el tiempo de su crisis. Y entonces ese yo no es un centro fijo que organiza una realidad alegorizada, sino él mismo el movimiento de descentramiento alegórico que permite ya no comprender un orden, pero sí percibir el ritmo de un desorden.

Si hubiera que reducir el libro a una fórmula, podríamos decir: toda escritura es autobiográfica, toda autobiografía es imposible, por lo tanto la escritura es la experiencia de la vida como posibilidad de lo imposible. Aquí es donde la autobiografía se transforma en heterobiografía, en escritura de la vida siempre de otro, pues el yo está ya heteronomizado, alegorizado. Eso respecto del desplazamiento auto/hetero de la biografía, pero en cuanto a la *bio-grafía* como tal, el libro deja sugerido un movimiento alegórico adicional: si la modernidad rompe con la relación vida/escritura y por tanto intenta restituir literariamente ese lazo como género *bio-gráfico*, la alegoría rompe con la relación escritura/sentido, por lo que ya no piensa la escritura bajo la relación representativa del sentido, sino que en la alegoría la escritura es duramente material, está hecha de los mismos elementos que la vida. La biografía ya no es una escritura *de* la vida, una escritura *acera de* la vida, una escritura que, ligada al esquema del sentido, *represente* una vida que esté fuera de ella, sino la *vida misma como escritura*: una vida-escritura que, sustrayéndose a la representación, se plasma ella misma en el hacerse y deshacerse de la ficción. Pasamos de la escritura como instrumento de una *bios-graphía*, del registro representativo de una vida, a la escritura como *médium* de una *graphiké-bios*, de una vida escritural, una vida figural.

Somos lenguaje, y no hace falta que él nos enuncie, sino adentrarnos en su dura materialidad, en su hueso. Las escrituras desgarradas por el terror del siglo que Anderlini recupera en su libro difícilmente puedan ser pensadas como representación de algo sucedido, sino ellas mismas como el acontecimiento de una vida póstuma que se afirma en la propia inscripción de una letra que no cesa de no escribirse. Ellas no son la transmisión de un sentido, sino la apertura de un espacio de transmisión más allá de todo sentido. Como la vida cuando deviene alegórica: ella ya no es representable, y, por lo tanto, se torna indestructible. La vida alegórica es la vida infinita que se adivina en el reverso de la finitud de esta humanidad póstuma que somos. Como el espectro, insiste no por su destinación divina, sino por irreductible a las dualidades de la representación.

La vida que vivimos en cuanto vida póstuma o sobrevida se abre a la ambigüedad constitutiva de la alegoría: vida naciendo de la muerte puede ser la vida zombie del neoliberalismo contemporáneo, que da vida a lo muerto, justamente, en el fetichismo de la mercancía. La alegoría conoce bien el rostro cadavérico del fetiche mercantil. Pero la alegoría quiere ser ángel, y en la sobre-vida del capitalismo contemporáneo adivina no sólo la vida prehumana del consumismo zombi, sino también la vida post-humana, post-subjetiva, de una

escritura infinita. Si en Benjamin leíamos: “yo que soy una calavera tendré rostro de ángel”, nosotros, en nuestras postdictaduras neoliberales, podemos traducir: “yo que soy un zombi tendré rostro de espectro”. Entre la calavera y el ángel, entre el zombi y el espectro, una vida que asume su muerte, sus muertos, disolviéndose en la escritura. La alegoría es la retórica de la crisis, y con ella podemos no sólo testimoniarla sino elaborarla en un *pas-de-sens*, en una nada y paso del sentido.

La vida como alegoría no sólo es difícil, es lo imposible mismo. Y sin embargo, es lo único posible. Haber dicho esto con claridad y contundencia es quizás el principal mérito del libro de Anderlini.

Referencias bibliográficas

ANDERLINI, S. (2017). *La vida como alegoría. Consideraciones antisugetivas de la escritura autobiográfica*. Prólogo de Daniel Vera. Córdoba: Alción.